

# Un jilguero y una robamelones

• *No fue corto su canto de jilguero pero sólo destacaré que mucho de sus gorjeos fue para elogiar a dos de las grandes personalidades del presidium.*



Era común nombrar jilgueros a los políticos de habla demagógica, ampulosa y rastrera. Con el nombre de ese pajarito de canto florido se les mencionaba en los medios cuando reseñaban sus actuaciones, así que no era necesario sufrir su histrionismo en vivo. Me llegó la ocasión de ver y escuchar a un jilguero gracias a la gentileza de nuestro mundo cultural cuando parecía que la 4T había removido y reencausado las conciencias.

Durante la ceremonia en que me tocó observar al jilguero me impresionó tanto que ya no pude estar al pendiente de tácticas, estrategias y logísticas para promover la lectura. Su anticarisma de demagogia cantante y sonante me mantuvo al pendiente de su gesticulación y su palabra. Extendía los brazos casi como pastor de la luz del mundo. En busca de aplauso para ellos nombró a los miembros del presidium a pesar de que el conductor en busca de aplauso para ellos ya había nombrado a todos los miembros del presidium.

No fue corto su canto de jilguero pero sólo destacaré que mucho de sus gorjeos fue para elogiar a dos de las grandes personalidades del presidium, no sin dejar de ostentarse como amigo de la más distinguida. Después de su acto jilgueril dejó el podio para volver a su lugar entre quienes presidían.

Desde su ubicación privilegiada en el templete, con los brazos descansados en los costados, de las mangas de su traje impecable y su camisa sin duda comprada a precio de aguacate, escapaban de la muñeca derecha varias, sí, varias esclavas que acribillaban la austeridad con sus destellos. En la izquierda, bien asegurado por una ancha correa que no ha de haber sido de las que se compran en las tiendas de veterinarios se resguardaba un reloj, un reloj que por lo ancho de la correa y alguna otra forma de seguridad, no ha de haber sido de los que venden los fayuerillos. No le faltaban los ostentosos anillos. Lo que si le falta es entender que la 4T decretó austeridad para los funcionarios públicos.

El otro personaje que anuncié en el título es una señora de esas que en el súper cargan su carrito hasta que le hacen falta redilas. Pero no por ello hay que imaginarle volúmenes adiposos, brillos grasientos, respiración jadeante de perro callejero en verano, no, la señora de la que hablo era de andar señorial a pesar de conducir el carrito, de ropa elegante y vaporosa, como estampa de novela de Proust.

Ella llegó ante los melones cuando en el contenedor de enfrente yo sopesaba una y otra papaya. Me llamó la atención su porte de torso estrecho cubierto por la tela fina, su cuello alto, su cara maquillada con discreción, su cabello recogido de ballerina. Ajena a todo seleccionó un melón.

Yo no podía dejar de mirarla atraído por su cara no muy bella pero atractiva, la distinción de su veraniega ropa proustiana y los destellos de su cabello peinado con modestia. Sin embargo más me atraía su actitud señorial de desdén hacia el mundo, de sólo existo yo porque soy única. El mundo no merece ni que alce los párpados. Pensé que era una persona absolutamente segura de sí.

La señora de elegancia proustiana encontró un melón que la satisfizo, lo palpó y giró con mano sabia y se encaminó llevada por su señorío desdenoso a donde los empleados del súper los parten y los cubren con plástico para exhibirlos. Ellos en ese momento no estaban. El señorío desdenoso cogió el gran cuchillo de cortar las sandías y con absoluto desdén para el mundo dividió el melón en mitades. De una tajó una rebanada. Con absoluto desdén para el mundo la mordió un par de veces y la abandonó, así como el resto del melón. Con lento señorío y su porte elegante se deslizó hacia otros rumbos del súper. Yo pensé: si todos los mexicanos honestos tuviéramos no la desfachatez sino la seguridad de esa señora ratera haríamos grande este país.